

Escenas de cama en los libros de caballerías:
del *Amadís* al *Quijote*

● AXAYÁCATL CAMPOS GARCÍA ROJAS

Para Margit Frenk

Tal vez no haya mejores palabras para definir los libros de caballerías castellanos del siglo XVI y su impacto en la cultura hispánica, como aquellas que precisamente encontramos en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes y que fueron las mismas que ayudaron a aniquilar aquel género caballeresco con burla y humor, hasta dejarlo en el olvido durante mucho tiempo.

Ante la sorpresa que despierta don Quijote en quienes lo ven armado como caballero y creyendo verdaderas las aventuras que había leído en sus libros, le es preguntado casi con espanto:

—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga a creer que va encantado, con otras cosas [...] tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y, ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadisese, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos

condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? (I, 49, p. 488)¹

En el texto anterior se sintetizan las características generales de los libros de caballerías, cuya lectura volvió loco a don Quijote, pero también las huellas de una larga tradición medieval que ha permeado gran parte de la literatura en lengua española y la vida misma del mundo hispánico.

Entre otras cosas, los moralistas del siglo XVI que atacaban la lectura de libros de caballerías decían que se trataba de obras alejadas de la realidad y del buen ejemplo. Asimismo, subrayaban, como un error, que en estas obras los caballeros no tenían una vida creíble. No había elementos de una vida cotidiana. Así, cuando en el *Quijote*, el cura y el barbero llevan a cabo el “donoso y grande escrutinio” de la biblioteca de don Quijote (I, 6, p. 64), nos dan cuenta de que en la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco* “comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas que todos los demás libros deste género carecen” (I, 6, p. 70), virtud que, según ellos, dota a esa obra de verismo y credibilidad.

Y en efecto, así era, pero no por ello no ocurrían episodios donde lo cotidiano se volvía motivo de aventura: el viaje, la visita a un castillo, el encuentro con otro caballero en un bosque, el enamoramiento de una princesa... sucesos que ya en sí eran una hazaña o la propiciaban. Así, las escenas de cama en los libros de caballerías también fueron motivo para las aventuras caballerescas.

Se trata de un acto cotidiano y necesario para el ser humano, que Cervantes utiliza para elaborar episodios de prodigioso humor en el *Quijote*. Los momentos que se relacionan con el dormir, el acostarse, las camas y las escenas eróticas de alcoba emulan a aquellas que apa-

¹ Todas las citas del *Quijote* proceden de: Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. de Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994. (En adelante, como es habitual, solamente indico entre paréntesis el número de la parte en romanos, el del capítulo en arábigos y el número de la página.)

recen en los libros de caballerías, pero el autor genialmente les aplica la parodia, el ridículo y el humor...

Dormir, acostarse o estar en alguna cama son motivos de idealización y honor caballeresco en los libros de caballerías; es así como lo vive y desea don Quijote.² Sin embargo, en la novela de Cervantes, ese mismo hecho se reduce a lo cotidiano y lo simple. Efecto que el autor acentúa a través del contraste que existe entre cómo ve don Quijote la realidad y cómo la percibe Sancho Panza, su escudero:

[Sancho] solicitó por su parte que su amo se entrase a dormir en la choza [...]. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces (I, 13, p. 117).

Es posible, pues, establecer una tipología de las escenas de cama que aparecen en el *Quijote* y que tienen un referente semejante en la narrativa caballeresca que le precedió y que, desde el Medievo, configuró el género. Así, podemos señalar cuatro categorías: las camas a la intemperie, las de amor y sexo, las de desvelo amoroso y las de enfermedad y muerte.

Las camas a la intemperie

El caballero, en sus andanzas y búsqueda de aventuras, frecuentemente se ve en la necesidad de pernoctar al aire libre, ya sea en el claro de un bosque, en una encrucijada o bajo un árbol del camino. Actitud

² La locura de don Quijote, incluso, es producto no sólo de su mucha lectura de libros de caballerías, sino también por los desvelos que empleaba en ello. Cabe señalar, pues, que el no yacer en cama, el no dormir, están relacionados con la situación quijotesca desde el principio de la novela: “[A don Quijote] se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio” (I, 1, p. 32).

que revela un carácter casi eremita del quehacer caballeresco, donde la penitencia y el contacto con la naturaleza también forjan el espíritu del caballero. En el *Llibre de l'orde de cavalleria*, Ramon Llull había señalado esta virtud como algo necesario en quienes desearan dedicarse a este noble oficio.³

Así, en el *Amadís de Gaula*, obra fundacional del género, el héroe se ajusta con perfección al canon. Cuando Oriana desprecia a Amadís, éste cae en una profunda tristeza que lo conduce a perderse en el bosque como una penitencia de amor y ahí, finalmente exhausto, quedar dormido:

y assí anduvo fasta más de la media noche, sin sentido ninguno, fasta que el cavallo topó en un arroyuelo de agua que de una fuente salfá, [Amadís] recordó en su sentido y miró a una y a otra parte, mas no vio sino espesas matas, y ovo gran plazer creyendo que muy apartado y escondido estava; y tanto que su cavallo bevió, apeóse dél, y atándole a un árbol, y se asentó en la yerva verde para fazer su duelo, mas tanto avía llorado, que la cabeça tenía desvanescida, assí que se adormesció.⁴

La penitencia que expía la pena del caballero, en este caso amorosa, se basa en el alejamiento de las comodidades sociales, urbanas y cortesanas, la cama en que duerme el caballero no es más que la tierra misma, el campo. El héroe duerme en contacto directo con la naturaleza y así ocurre la penitencia. Así, este tipo de cama a la intemperie constituye una mortificación para el cuerpo que redunda en un beneficio espiritual; se trata de una circunstancia del tópico de *fuga mundi*.

Asimismo, cuando el caballero duerme en un bosque o en un campo, suele éste ser momento propicio para el encuentro con la aventura. El bosque en sí mismo posee importantes simbolismos tradicionales que lo configuran como un escenario maravilloso.⁵

³ Gladys Isabel Lizabe, *Ramon Llull: el Llibre de l'orde de cavalleria como ordenamiento del mundo*. Mendoza, Universidad de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras/Consulado General de España en Mendoza, 1999.

⁴ Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*. Ed. de Juan Manuel Cacho Bleuca. Madrid, Cátedra, 1988-1991 (Letras Hispánicas, 255-256), pp. 684-685.

⁵ Para el simbolismo de los espacios geográficos en los libros de caballerías, cf.

Con este motivo, Cervantes crea en el *Quijote* oportunidades caballerescas para que los protagonistas pernocten a la intemperie. En estos casos, la narración cervantina sigue el modelo literario, pero ocurre la inevitable parodia. Mientras que para el protagonista la situación resulta acorde con su quehacer caballeresco, para su escudero es una incómoda calamidad:

Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego a caballo, y diéronse prisa por llegar a poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de pararla allí; que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo dormirla a cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería (I, 10, p. 102).

Don Quijote encuentra la cama natural como parte de una penitencia propia de su oficio, pero en otro momento, la cama en un bosque precede al encuentro con el Caballero de los Espejos:

La noche [...] la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles [...]. Finalmente, Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero, poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas, y, levantándose en

Axayácatl Campos García Rojas, *Geografía y desarrollo del héroe en "Tristán de Leonís" y "Tristán el Joven"*. Alicante, Universitat, 2002, p. 35, y Jay Appleton, *The Experience of Landscape*. Londres, John Wiley & Sons, 1975, p. 104. Respecto al bosque, María Paloma Gracia Alonso señala que: "El bosque se presenta como dominio de los animales salvajes y, a la vez, como un lugar de asilo, donde las normas establecidas por la sociedad no tienen vigencia y donde encuentra refugio tanto el eremita como el marginado; su sentido es ambivalente por ello, ya que constituye un espacio de exilio y, al mismo tiempo, un espacio donde el contacto con el misterio es una práctica cotidiana, una puerta abierta al otro mundo cuyas leyes escapan a la razón". (María Paloma Gracia Alonso, *Las señales del destino heroico*. Barcelona, Montesinos, 1991, p. 138.)

sobresalto, se puso a mirar y a escuchar de dónde el ruido procedía, y vio que eran dos hombres a caballo.

[...] Conoció don Quijote que debía de ser caballero andante; y, llegándose a Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: —Hermano Sancho, aventura tenemos (II, 12, pp. 621-622).

Las camas de amor y sexo

Son frecuentes, en los libros de caballerías, las escenas donde el caballero llega a un castillo y es convidado a pernoctar ahí o, incluso, a permanecer una temporada. Las escenas de cama no faltan y alguna doncella enamorada se introduce clandestinamente en la habitación del héroe. Ejemplo de esta situación es el episodio del *Amadís de Gaula* en que el rey Perión, que había llegado al castillo del rey Garínter, es asaltado por la princesa Helisena, que se había enamorado *ex visu* de él. La osada joven se introduce en la habitación del rey y aquella noche conciben al héroe Amadís. Sin duda, este motivo tiene un valor fundamental en la obra, ya que funciona como un motor de la acción narrativa:

Así llegaron [Helisena y Dariloeta] a la puerta de la cámara [...] y tocaron para la abrir, el rey Perión que, así como la gran congoxa que en su corazón tenía, como con la esperanza en que la donzella le puso, no había podido dormir, [...]. El Rey, que la conoció, miró y vio a Helisena su muy amada, [...] y fue a tomar a su señora entre los brazos, y ella le abrazó como aquel que más que a sí amava [...] y así abrazados se fueron a echar en el lecho [...], quedando [Helisena] de allí adelante dueña.⁶

Así, en el *Quijote*, Cervantes recrea y parodia este motivo con el episodio de la venta, que don Quijote cree castillo, y que, dormido en un camastro espera deseoso que venga una doncella hermosa a introducirse en su lecho. Sin embargo, quien llega es la moza Maritornes que mucho se aleja de la belleza que podría soñar don Quijote y quien

⁶ G. Rodríguez de Montalvo, *op. cit.*, pp. 237-240.

en realidad pretende encontrarse con un arriero a quien había ofrecido favores sexuales:

[Don Quijote] se imaginó haber llegado a un famoso castillo [...], y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se había enamorado dél y prometido que aquella noche a furto de sus padres vendría a yacer con él [...]. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora [...] de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza [...] entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. [...] Don Quijote, [...] la asió fuertemente [...] y tirándola hacía sí [...] la hizo sentar sobre la cama. [Maritornes] traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol oscurecía. Y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver al mal ferido caballero, vencida de sus amores (I, 16, p. 152).

Otro antecedente de la actitud que espera don Quijote por parte de las doncellas, que imagina y que debe haber leído en sus libros de caballerías, lo encontramos en la *Demanda del Sancto Grial*, donde el caballero Galaz llega a un castillo y la princesa se enamora de él. La pasión desmedida confunde la inocencia de la joven “que nunca oyera, ni viera, ni supiera que cosa era amor, e cataua a Galaz, que lo preciaua tanto en su coraçon de beldad e de todas cosas, que nunca a hombre precio; e por ende le semejo que su muerte le yazia allí que su voluntad no cunpliesse con el, [...]”.⁷

Esta arrojada princesa se introduce directamente en la cama del joven, quien en definitiva la rechaza e intenta persuadirla de cesar sus requerimientos amorosos, pero la jovencita amenaza con suicidarse si

⁷ Adolfo Bonilla y San Martín, “*El baladro del sabio Merlín*”. *Primera parte de la “Demanda del Sancto Grial”. Libros de caballerías, I: Ciclo artúrico-ciclo carolingio*. Madrid, Bailly-Bailliére, 1907 (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 6), p. 196.

el caballero no accede a satisfacer sus deseos. En un arrebatado de locura y pasión, se da muerte justo en el momento en que Galaz estaba a punto de ceder a sus reclamos.

[La donzella] dixo: “No atendere aqui mas;” e saliose luego del lecho, e fue corriendo, e tomo el espada de Galaz [...], e sacola de la vaina, e tomola con ambas manos, e dixo a Galaz: “Señor cauallero, vedes aqui el bien que yo de los primeros amores oue; en mal dia fues-tes vos nascido tan fermoso, que tan caro me costara vuestra beldad”. E quando Galaz vio a la donzella que tenia la espada en la mano, que se queria matar con ella, salio del lecho todo espantado, e dixo: “¡Ay buena donzella! sufridvos vn poco e no os mateys assi, que yo fare todo vuestro plazer”. Y ella, que tanto era cuytada de amor que mas no podia ser, dixo: “Sabed, cauallero señor, que tarde me lo dexistes”. Estonce alço el espada, e firiose tan gran ferida por medio de los pechos, assi que la espada passo de la otra parte, e cayo muerta en tierra [...].⁸

Como esta escena de la *Demanda*, tenemos otro episodio similar en el *Quijote* y que bien puede ser una recreación cervantina con que el autor parodió a los libros de caballerías y a su propio personaje. Cuando el caballero manchego se hospedaba en la casa de los duques, éstos urden un engaño para divertirse a costa del anciano caballero. Una noche, don Quijote se encuentra acostado en su lecho recuperándose de los maltratos que en anterior aventura había sufrido. Sin que el caballero lo perciba, alguien se introduce en su habitación y apaga las velas dejando todo el lugar en completa oscuridad. Ante aquella escena, don Quijote queda aterrorizado pensando que se trata de unos fantasmas de aquel castillo:

[Don Quijote] no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello, y estábanse quedo y callado [...]. Y no fue vano su temor, porque [...] los callados verdugos [...] acudieron a don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan a

⁸ *Ibid.*, p. 198.

menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse a puñadas, y todo esto en silencio admirable.

Duró la batalla casi media hora; saliéronse los fantasmas [...], sin decir palabra don Quijote; el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo: donde le dejaremos deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto (II, 48, p. 897).

La escena de cama que aquí podemos ver resulta muy alejada de lo que el buen caballero hubiera albergado en su imaginación. No se trata, en este caso, de una doncella enamorada que arde en deseos del héroe, sino que percibimos una modificación del mismo motivo, pero dando lugar a posibles hechos sobrenaturales como lo son los fantasmas propios de algún encantamiento. Este ejemplo corresponde, así, a lo que en la materia artúrica se conoce como el “lecho de las maravillas”⁹ y que con variantes también es recuperado por los autores de libros de caballerías del siglo XVI.¹⁰

Sin embargo, en el *Quijote*, el humor surge en el momento en que los espantos no se comportan como correspondería a los del hechizo elaborado por algún sabio encantador. Por el contrario, se dedican a burlarse de don Quijote y en lugar de aplicarle los efectos de la magia, lo atormentan dándole miles de pellizcos por todo el cuerpo. La burla es ridícula y denigrante para el caballero, quien mejor esperaría un combate en el que pudiera defenderse de manera honorable con su espada... situación que no sólo deja aterrado a don Quijote, sino avergonzado, ridiculizado y muy confundido. Podemos percibir sutilmente que, aunque loco, se da cuenta de que su entorno y sus pensamientos no concuerdan. El mundo no es como él lo espera, ni como lo leyó en sus libros de caballerías.

⁹ Carlos Alvar, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*. Madrid, Alianza, 1991 (Alianza Tres, 258), pp. 266-267.

¹⁰ En el *Arderique* existe una variación de este motivo que combina la cama de amor y sexo con el lecho de las maravillas. El protagonista yace con una doncella, que es en realidad un espíritu diabólico que pretende hacerlo perder la virginidad, pero justo antes escucha una voz del cielo que lo hace recuperar la cordura y lo salva de aquel pecado. (Jay Appleton, *Arderique*. Ed. de Dorothy Molloy Carpenter. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000 (Los Libros de Rocinante, 7), pp. 96-97.)

Las camas del desvelo amoroso

El estado de enamoramiento, que bien emula al de la enfermedad, no pocas veces mantiene a los personajes de los libros de caballerías en vela toda la noche. Los pensamientos que depositan en sus doncellas amadas o ellas en sus caballeros galantes, les impiden conciliar el sueño. Las escenas de cama constituyen, así, una forma de penitencia de amor en que cada personaje, en soledad, evoca la figura y presencia de la persona amada. En el *Espejo de príncipes y caballeros* [*El caballero del Febo*], de Diego Ortúñez de Calahorra, este motivo involucra no sólo a una pareja, sino que alcanza un grado de complejidad tal, que varios caballeros y doncellas se desvelan atendiendo mutuamente a sus pensamientos de amor:

Y assí, [la princesa Lindabrides] passava aquella noche con tanto cuidado que en toda ella no pudo dormir, reboviendo en su pensamiento tanta diversidad de cosas cerca del ínclito Cavallero del Febo que en su vida nunca se vio tan confusa ni penada. [...] Y no con menor cuidado el valeroso Cavallero del Febo toda la noche sin dormir passó, reboviendo en su pensamiento todo lo que por él con la hermosa infanta Lindabrides havía passado, y el grande amor que hasta allí le havía tenido, junto con su grande y estemada hermosura. [La princesa Claridiana] la qual ansí mesmo, en este tiempo, no más reposada que los dos dormía, porque el grande amor que al Cavallero del Febo tenía no dexava de poner alguna duda en lo que tanto su lastimado corazón desseava [...]. Y ansí, passado estas y otras cosas, con mucha pena passó la noche, en la qual tampoco durmió mucho el Cavallero de Cupido [...] no con menor cuidado. [...] Y assí, passaron toda aquella noche, tan conformes en el dormir quanto diversos en sus varios y penosos pensamientos.¹¹

Lindabrides ama al caballero del Febo, quien se debate entre el amor de ésta y el de la hermosa doncella guerrera Claridiana. Claridiana, a su vez, se desvela pensando en el amor que siente por el del Febo y

¹¹ Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros* [*El caballero del Febo*], 6 vols. Ed. de Daniel Eisenberg. Madrid, Espasa-Calpe, 1975, II-XLVII, pp. 20-24.

atormentada por los celos que siente por la presencia amenazante de Lindabrides. Por su parte, el caballero de Cupido, Rosicler, no duerme evocando el amor que siente por la ausente Olivia, princesa de Inglaterra. De tal modo que nadie duerme y las camas son testigos del solitario sufrir amoroso de los personajes. Es el tópico de *nessum dorma*.¹²

De la misma manera, en el *Quijote*, el protagonista también permanece muchas noches en vela, ya por no abandonar la lectura de libros de caballerías o por la evocación amorosa de su amada ausente. Así, cuando duerme a cielo abierto, el narrador nos indica que:

Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No le pasó así a Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda (I, 8, p. 83).

Nuevamente observamos el contraste entre ambos personajes, pues mientras uno vive su ideal, el otro feliz duerme su descanso. Sin embargo, Cervantes también parodia este tópico. Cuando don Quijote está en casa de los duques, pasa una noche despierto e inquieto por razones semejantes evocando a la bella Altisidora:

Dejamos al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le habían causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y, como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto [...]; pero como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de mañana (II, 46, p. 877).

La parodia y el humor una vez más surgen de una degradación y Cervantes coloca a su personaje en una situación en la que el motivo

¹² Acuño el término a partir de la ópera *Turandot*, de Giacomo Puccini, donde la famosa aria ocurre en una escena de la cama del desvelo amoroso. (Véase Giacomo Puccini, Guisepppe Adami y Renato Simoni, *Turandot*. Trad. y ed. de Francesc Fontbona de Vallescar. México, Daimon, 1982, pp. 102.)

caballeresco es alterado y ridiculizado. Los pensamientos amorosos del protagonista son, así, comparados con pulgas y cómo éstas no lo dejan dormir toda la noche.

Las camas de enfermedad y muerte

No es posible terminar este recorrido por las escenas de cama en el *Quijote* sin retomar la escena final de la obra: la muerte de Alonso Quijano. Es significativo que sea en una cama donde acaba sus días el caballero. Bien había señalado el cura que en los libros de caballerías los protagonistas no se morían en sus camas. Ciertamente, los mejores caballeros del mundo, por lo general, terminaban sus aventuras o su actividad caballeresca retirados a una vida de buen gobierno como monarcas regios o imperiales y en la cima de su fama; así sucedió al mismo Amadís de Gaula y más tarde a su hijo Esplandián. Otros, como el rey Lisuarte, se refugiaban en algún monasterio para, en completa paz, terminar sus días... Y si les llegaba la muerte, era por sus malas heridas en el campo de batalla o, en el mejor de los casos, como sucedió al rey Arturo, que es llevado por su hermana, el hada Morgana, a la isla de Ávalon para curarlo y mantenerlo ahí para cuando la humanidad volviera a tener necesidad y ayuda del mítico rey idealizado.¹³

De manera realista, en *Tirant lo Blanc*, la muerte del héroe ocurre en su cama y por razones naturales. No es una herida de batalla, ni es

¹³ En *La muerte de Arturo*, leemos: “Y al punto [Mordred] hirió a su padre Arturo, tomando la espada con ambas manos, en un costado de la cabeza, de manera que la espada penetró al almete y el cráneo; [...] y el noble Arturo cayó sin sentido a tierra, y allí se desvaneció muchas veces. [...] Entonces sir Bedevere tomó al rey sobre su espada, y fue con él a aquella playa. Y cuando estuvieron en la playa, cerca de la orilla estaba detenida una pequeña barca con muchas hermosas damas dentro, y entre ellas había una reina, y todas llevaban caperuzas negras; y comenzaron a llorar y a plañir, cuando vieron al rey Arturo. [...] Y se apartaron remando de tierra. [...] [Dijo el rey]: voy al valle de Avalón a sanarme de mi grave herida; y si no oyes hablar nunca más de mí, reza por mi alma”. (Cf. Thomas Malory, *La muerte de Arturo*. 2 vols. Ed. de Luis Alberto de Cuenca. Trad. de Francisco Torres Oliver. Madrid, Siruela, 1999 (Biblioteca Medieval, 6), vol. 1, pp. 497.)

llevado a un espacio de características sobrenaturales y escatológicas, sino que muere como un ser humano común y corriente e, incluso, como lo hará más tarde el mismo Alonso Quijano, dicta testamento:

E estant lo virtós Cèsar [Tirant] en aquella ciutat ab molt gran delit, e cercant deports e plaers e passejant-se ab lo rei Escariano e ab lo rei de Sicília per la vora d'un riu qui passava per l'un costat dels murs de la ciutat, pres-lo passejant tan gran mal de costat e tan poderós, que en braços l'hagueren a pendre a portar dins la ciutat.

Com Tirant fon en lo llit, vengueren los sis metges que ell postava, dels singulars del món, e quatre del rei Escariano, e feren-li moltes medecines, e no li podien dar remei negú en la dolor.

[...] Tirant llançà un gran crit dient:

—Jesús, fill de David, hages mercé de mi! Credo, proteste, confesse, penit-me, misericòrdia reclame. ¡Verge Maria, Àngel custodi, àngel Miquel, emparau-me, defeneu-me! Jesús, en les tues mans, Senyor, coman lo meu espirit.

E dites aquestes paraules reté la noble ànima, restant lo seu bell cos en los braços del duc de Macedònia.¹⁴

Don Quijote, por su parte, es un caballero que no pocas veces cae en cama herido o enfermo. Aspecto que si bien se ajusta al canon de los libros de caballerías, en la novela de Cervantes evidencia la debilidad, la vejez y la decadencia del protagonista. En la narrativa caballeresca, los caballeros andantes —independientemente de que hayan vencido o no— pueden quedar heridos después de alguna batalla o algún torneo, razón por la cual son retirados a un lecho para ser atendidos y curados. Así ocurrió a Tristán quien, al enfrentarse con el gigante Morlot de Irlanda, éste lo hiere a traición con una lanza emponzoñada. Si bien el héroe al final vence al gigante, la herida lo deja imposibilitado físicamente y así permanece enfermo en cama: “[Tristán] estaba muy mal y doliente de la llaga que le avía hecho Morlot con la

¹⁴ Joanot Martorell, *Tirant lo Blanc i altres escrits*. Ed. de Martín de Riquer. Barcelona, Ariel, 1990, pp. 1146, 1151.

saeta de yerva, [...] y estava en gran pena porque no podía sanar. Y estuvo assí emponçoñado bien dos años en una cámara”.¹⁵

Tristán busca ayuda y de ese modo conoce a Iseo de Irlanda, quien le cura la herida. El héroe vive, en esa ocasión, su primera escena de cama con la protagonista, pero el erotismo y los aspectos sexuales son sublimados en las atenciones médicas y mágicas que la princesa prodiga al héroe:¹⁶ “La infanta [Iseo...] tomó por la mano a Tristán y llevólo a una cámara, y católe la llaga y viola muy mala y de mal guisa. Y púsole tales unguentos y medicinas que dende en quinze días fue sano”.¹⁷

De manera semejante sucede a don Quijote, quien tras sus aventuras por la Mancha, los apaleos, las caídas y los encantamientos fingidos, se retira malherido a su cama:

—Ténganse todos, que vengo malherido por la culpa de mi caballo [dijo don Quijote]. Llénenme a mi lecho y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas. [...]

Lleváronle luego a la cama, y, catándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída de Rocinante, su caballo, combatiéndose con dos jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra (I, 4, pp. 62-63).

Asimismo, don Quijote muere retirado y de regreso en su casa. El contraste con los libros de caballerías, sin embargo, es ridículo, ya que el caballero manchego ni muere de sus heridas en combate ni es conducido a un espacio ultraterreno para reservarlo como un mito. Don Quijote está derrotado por el Caballero de los Espejos y es obligado a abandonar la andante caballería. Está vencido porque nunca logró

¹⁵ María Luzdivina Cuesta Torre, *Tristán de Leonís y el rey don Tristán el Joven, su hijo (Sevilla, 1534)*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1997 (Publicaciones Medievalia, 14), p. 124.

¹⁶ Para un estudio profundo del papel de las mujeres como personajes que cuidan y curan las heridas del héroe, véase Carlos Alvar, “Mujeres y hadas en la literatura medieval”, en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 21-33.

¹⁷ M. L. Cuesta Torre, *op cit.*, pp. 127-128.

desencantar a su señora Dulcinea del Toboso. Es, pues, el momento de la muerte de Alonso Quijano:

Como la [vida] de don Quijote no tuviese privilegio del cielo [...], llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en cama [...]. Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. [...] Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote: el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió (II, 74, p. 1074).

Alonso Quijano, además, hace testamento y reniega de los libros de caballerías que tanto leyó y en los que tanto creyó. Con ese acto, muere en su cama... una escena totalmente humana y universal. Si bien esta última escena de cama en el *Quijote* cierra la obra es, sin embargo, una más de las escenas fundamentales en las que el hidalgo manchego lleva acabo una actividad cotidiana y eminentemente humana: estar en un lecho, yacer. Y en ese ámbito, podemos entender no sólo el acto de morir, sino también el acto de dormir, el de soñar, el de descansar, el de hacer el amor o, por el contrario, padecer insomnios por el amor ideal o apasionado sin correspondencia. Las escenas de cama en el *Quijote*, como en los libros de caballerías hispánicos del siglo XVI, ponen de manifiesto un motivo que parte de la realidad simple y cotidiana, pero que en la ficción caballeresca es retomado como un momento propicio para la aventura, mientras que, más tarde, en la novela de Cervantes, estas mismas escenas sirven de parodia y humor, pero que, después de todo, siguen siendo escenas que evidencian la universalidad de el *Quijote* al mostrarnos un acto eminentemente humano: acostarse en algún lecho o cama.